



Se necesitan historias con sentido universal

Reflexionando el país desde el Festival de Cine de Venezuela

Rafael Duarte*

Un punto de vista de un espectador en el XI Festival del Cine Venezolano que pretende mostrar parte de lo que somos como país

Tuve la oportunidad de asistir al décimo primer Festival de Cine Venezolano realizado en la ciudad de Mérida. Con mucha expectativa, el día de la apertura decidí estar una hora antes para no perderme detalle de la gala, pues once películas en competencia, entre ellas nueve *operas primas* recogían buenos comentarios y quería saber qué decía el público en general.

Llegué con dos compañeros al sitio de encuentro. Media hora después de la hora pautada, aparecía el elenco de la ópera prima llamada *Quién dijo miedo* de José Miguel Vásquez, y en menos de veinte minutos comenzaba a llenarse el lobby de aquel modesto hotel. Apareció

Laureano Olivares, Rodolfo Izaguirre, Beto Benítez y otros grandes del cine nacional. La música electrónica ambientaba el lugar mientras los participantes comenzaban a hacer sus *selfies*. No pasaron cuarenta minutos cuando vimos que una camioneta tipo panel se estaba llevando a las personalidades del cine de allí. Extrañados, preguntamos a una de las chicas del *staff* qué pasaba y nos dijo que las celebridades iban a cenar y que regresarían más tarde.

Varias personas reunidas en la entrada del hotel esperaban respuesta de aquella escena. Parecía que se tardaría la apertura del festival. De pronto apa-

rece una de las coordinadoras del *staff* y dice: “Señores, las pocas cervezas que tenemos están calientes, los patrocinadores nos quedaron mal, esto es lo que tenemos (mostrando unas latas), pueden pasar al salón, bienvenidos al festival”. Atónito con aquellas palabras de bienvenida, decidí preguntarle a otro de los coordinadores: “Hermano, ¿... quieren decir que no hay palabras de apertura, ni presentación de jurado, ni personalidades...?”. “No, ellos tienen una apertura en otro sitio de la ciudad”, respondió. “¿Cómo?”, repliqué. “Hubiésemos preparado algo mejor, pero es difícil con la situación de país”. Parado allí y decepcionado, noté que algunos de los participantes balbuceaban la mala presentación. De vuelta a la conversación, tuteándome, me dijo: “Viejo, para la clausura va a estar mejor”. Antes de que fuera salvado por otro de los miembros del *staff*, quien desde algunos segundos nos escuchaba, alcancé a decirle: “Me parece una falta de respeto lo que han hecho hoy, esperábamos más. He escuchado gente que ha venido de distintas partes del país... Que no se les dé una buena explicación, pero más aún, que no tengan algo preparado me parece injusto”. Le reconocí la situación país y para cerrar le dije: “Solo queríamos escuchar algunas palabras”.

Sin decirme nada, terminó aquella fugaz conversación. Me decepcioné de la apertura del festival que comenzó y terminó sin palabras.

Al día siguiente, esperando que se enmendará la experiencia anterior, decidí asistir a los talleres que promocionaba el festival. Me anoté en uno llamado *El Cine Autogestionado*. Apenas inició el orador noté falta de metodología. En una línea, pudiera decir lo que aquel novel director, cuyo nombre no recuerdo, dijo de toda su presentación: es posible hacer la película que quieras, solo tienes que comenzar. Después de un nostálgico repertorio de preguntas, como parte de los que participaron allí, pregunté: “¿Qué opinas del cine venezolano? ¿Qué crees que nos falta por mejorar?”. Sin terminar de concatenar una tercera y simple pregunta, me respondió: “Hay películas buenas y malas, como todo en el cine”. Un último participante preguntó y al notar que ya no daba más respuesta a mis preguntas me quedé pensando: o aquel novel cineasta había respondido por responder o yo no había formulado la pregunta lo suficientemente bien. Al salir del recinto, la compartí con otros compañeros y sentí que respondían mejor. En la tarde, las tres primeras películas mejoraban el festival.

Los días de películas fueron de colas. Los horarios de las presentaciones no coincidían con la planificación. Había gente que para menguar el cansancio hacia chiste de la situación: “Es la única cola que pagamos para ver”, decían algunos. En algún momento el chiste cayó mal y un hombre de edad madura dijo: “Por eso es que estamos como estamos. Porque hay gente que cree que esto [refiriéndose a la impuntualidad de cada presentación] es lo normal”. Pensaba en el término mediocridad que otros a mí alrededor balbuceaban. Poco a poco, sentí que los organizadores hicieron ciertas modificaciones para mejorar.

DEL CINE DE HOY A LA REFLEXIÓN DE PAÍS

En la clausura del festival, me le acerqué al gran crítico de cine Rodolfo Izaguirre quien caminaba en solitario. Para entrar en confianza comencé a preguntar qué le parecía el festival. Después de algunos minutos de conversación le hice las preguntas que le había formulado al novel director y corroboré que en esencia ambas preguntas no estaban tan mal. Izaguirre me respondió: “El cine venezolano pasa por una suerte de epilepsia temporal; algunas veces está en su mejor momento y otras



Dauna, lo que lleva el río.

veces cae. Tenemos las tecnologías, las universidades y los medios para hacer buen cine, pero nos faltan buenos cineastas, buenos guionistas y buenos críticos, falta gente que quiera contar historias con sentido universal. No podemos mostrar historias como si fueran contadas por escolares, no, aquí se puede hacer buen cine y cada vez queda demostrado”.

Hubo una interrupción por parte de dos personas que querían saludar a Izaguirre. A punto de apartarme de la conversación hizo un gesto de inclusión, una vez terminado el saludo continuó hablando conmigo. Le pregunté: ¿Qué opinas del cine que se hizo a partir de los 70? “El cine de los 70, 80 y 90 no es igual que el cine que se hace ahora, el de ahora es mejor en muchos sentidos, pero tiene que tener continuidad”.

En realidad, luego de ver como ocho películas en el festival de cine, puedo decir que el cine venezolano está caminando por un buen nivel. Pese a que la mayoría de las películas presentadas son de bajo presupuesto, filmes como *Liz en septiembre* de Fina Torres, *El infierno de Gaspar Mendoza* de Julián Balam, *El desertor* de Raúl Chamorro, *Dauna, lo que lleva el río* de Mario Crespo, *Tres bellezas* de Carlos Caridad Montero (Ganadora) o *Piedra, papel o tijera* de Hernán Jabes (que repetía cartelera en el festival), por nombrar algunas, son una muestra de que se está haciendo buen cine en el país. Hay temáticas y narrativas distintas a la vista. De hecho, la mayoría de estas producciones tienen noveles directores y una fresca actoral. Muchas de ellas recorren distintos sitios del país dándole un espacio publicitario a nuestra geografía nacional. Que de once películas participantes, nueve sean operas primas es muestra de que hay gente que quiere apostar por un buen cine en el país.

Luego de cerrar la conversación con Izaguirre de quien

percibí algunas luces para mejorar el cine nacional, vi a Hernán Jabes, director y guionista de la película *Piedra, papel o tijera* (2012) moviendo el coche de su bebe, me le acerqué, comencé reconociendo su buen trabajo, su pulcritud ética y estética en el filme y para entrar en confianza pregunté cómo había realizado los dos planos secuencia que muestra en la cinta. Me dijo que uno de ellos, el realizado en los túneles de El Silencio en Caracas (cuando hay un cambio de visual sin cortar secuencia de un carro a otro) se filmó cerca de las once de la noche. Automáticamente y en voz bajita le pregunte por la inseguridad. Me dijo que iban escoltados por policías. Hice chiste preguntándole si los policías eran como los del filme (corruptos) y sonriendo me dijo: “Creo que no, pero sabemos que estamos así, lo que quise mostrar fue solo la punta del iceberg de lo que está pasando en el país”. Y agregó: “La intención del filme, en parte, es hacernos reflexionar. Las historias de infidelidad se repiten a diario [refiriéndose a una de las temáticas del guión], pero también se repiten temas como la corrupción o la inseguridad. La metáfora del film está clara: aquí manda el más fuerte y eso debería cambiar”.

A punto de comenzar la premiación me despedí de Jabes. Finalmente me habló de un nuevo trabajo documental que está haciendo con la gente de C4-Trío para mostrar el cuatro como instrumento universal. Lo que me dijo el director de Macuro (2008) me hizo pensar en el escaso compromiso con la narrativa social; los problemas del país siguen ahí todos los días como si a nadie le importara y el gran problema es su naturalización.

LA CREATIVIDAD COMO SOLUCIÓN

Volviendo a los primeros párrafos de este texto, había gente que en la apertura necesitaba

una explicación. Siento que nunca se les dijo nada, porque a medida que fue pasando el festival algunos de forma pusilánime lo mencionaban. La metáfora del filme de Jabes me hizo pensar que de alguna forma en Venezuela vivimos así al convertirnos en depredadores simbólicos cuando dejamos de comprometernos a hacer las cosas bien porque pensamos que el otro lo puede solucionar. *Nos quedaron mal, esto es producto de la situación de país, el cine es como todo, caemos en epilepsia temporal, solo es la punta del iceberg...* En el fondo de estas afirmaciones hay conformismo y pasividad. Lo irónico del asunto es que tenemos los medios para mejorar.

Sin caer en el moralismo y la acusación con lo anterior, en el mismo festival, al ver el documental de Héctor Palma *Fuera del aire*, reafirmé que ante la crisis es necesaria la creatividad. Chataing que sale de su programa de *Televen* por razones políticas, hace de la crisis la reafirmación de su propósito social con un *tour* humorístico. Los que hacen cine saben que ante la crisis de una buena historia es necesaria la construcción de un buen guión y los buenos guiones son posibles con la construcción de buenos personajes y buenos conflictos que mantengan despierto al espectador.

Un festival que sea vitrina del cine nacional no puede quedarse con simples respuestas, con una escueta organización y con un racimo de especulación y de críticas a la creatividad. Es necesario revisarnos, evaluarnos y reivindicarnos para que el mundo sepa que en Venezuela también se cuentan buenas historias.

*Licenciado en Educación mención Filosofía UCAB.